



**SI** en Madrid, donde existe una antigua nobleza, en contacto al través de los siglos con los artistas más geniales y poseedora por tanto de obras de incomparable valor, una casa consigue llamar la atención poderosamente, júzguese qué riquezas no ha de albergar la tal mansión. Esto ocurre con la casa del Marqués de Santo Domingo, a cuya sola alusión surgen inmediatamente los más encendidos elogios. No se trata de un palacio, ni tan siquiera un hotel, sino de un espacioso y lujoso piso. Pero en sus muros se alberga una colección selectísima de auténticas piezas maestras de altísimo valor y enorme belleza. El Marqués de Santo Domingo ha sabido agrupar objetos tan exigentes, que cada uno por sí reclama un aislamiento y merece una entonación. No es nada fácil moverse entre elementos tan magníficos sin incurrir en faltas imperdonables de poca acertada agrupación o mezcla irreverente y disparatada. Nada tiene que estorbar a nada, ni en color, ni en tamaño, ni en visión de conjunto.

Digamos que en esta casa se admiran:

La disposición del salón y de las habitaciones corresponde al más exquisito gusto. Un sentido culto y elegante ha conseguido estos éxitos de decoración.

